

unas pequeñas tablillas, en las cuales supe que escribía diariamente todos los pensamientos que se le ocurrían para dar cuenta de ellos al abad, lo cual hacía por su orden, así como otros muchos ».

« No quiero pasar en silencio la virtud singular del cocinero de esta casa. Cuando le ví conservar en medio de las ocupaciones propias de su servicio un perpetuo recogimiento y un derramar constantemente lágrimas, le pregunté como había alcanzado de Dios esta gracia. Nunca creo, me respondió, servir á los hombres sino á Dios, y como me he condenado á mi mismo y juzgado indigno de ningún reposo, este fuego que tengo ante mi vista, me recuerda á todas horas las llamas eternas del infierno.

Refiere también el mismo Santo una conversación que tuvo con uno de los religiosos, y que por ser muy extensa, no insertamos en este lugar. Versa principalmente sobre la necesidad de combatir y renunciar á la propia voluntad, de abrazar con ánimo y generosidad la paciencia que todo lo sufre, la humildad que se coloca por bajo de todos, y la caridad que los une á todos como verdaderos discípulos de Jesucristo, Entre otras muchas son muy notables estas palabras : Tened siempre la cruz en vuestro corazón, y encajadla en vuestro pensamiento, como se encaja el yunque en la madera, para que pueda resistir á todos los golpes de la tentación, de la tribulación y de la humillación sin ser herido ni quebrantado.

Dice, por último, que habiendo rogado á algunos de estos ancianos que le manifestasen su opinión acerca de la vida de los anacoretas, le respondieron con cierto aire de satisfacción : Padre mio, nosotros, por lo mismo que somos groseros y materiales, hemos abrazado tambien el genero de vida más grosero, considerando que debemos emprender una vida proporcionada á nuestras fuerzas, y que vale más combatir solámente contra hombres que se encolerizan

algunas veces, pero pasajeraamente, que pelear contra los demonios que están siempre dispuestos á confundirnos.

Pero como el excelente abad de este monasterio quisiese atender á las inclinaciones y necesidades de todos sus religiosos, y suministrarles medios de santificación en armonía con sus aptitudes particulares, había edificado una laura para los que, habiendo llegado á elevada perfección, podían practicar la vida de los anacoretas, y un monasterio de penitencia para los que tenían la desgracia de apartarse de la santidad de su profesión. Muy pronto hablaremos de este monasterio : san Juan Clímaco se ocupa de la laura en estos terminos :

« El superior tenía también á su cargo una laura, es decir, cierto número de pequeñas celdas, situadas en el desierto, á cierta distancia unas de otras, y á las cuales enviaba á aquellos de sus religiosos que habían llegado á un grado sublime de virtud, para que viviesen santamente en la soledad. »

DE ALGUNOS SOLITARIOS CONOCIDOS POR SAN JUAN CLIMACO

San Juan Clímaco no se contentó con tratar en general de la observancia y de las virtudes del célebre monasterio de que acabamos de hablar, sino que confirma esta su edificante relación con algunos ejemplos, que dan á conocer el espíritu de sabiduría y de discernimiento del superior que lo dirigía, y la eminente virtud de los que vivían bajo su gobierno.

El primer ejemplo que refiere es el de la conversión de un insigne ladrón, de que fué testigo. Habiéndose presentado este hombre en el monasterio, solicitando ser admitido como religioso, le ordenó primeramente el abad que descansase durante siete dias, en los cuales podía observar el género de vida que se hacía en la casa. Pasado este

tiempo le llamó á solas, y le preguntó si se hallaba decidido á permanecer entre ellos, y convencido de que lo deseaba sinceramente, le dijo que le declarase todos los crímenes que habia cometido, lo cual ejecutó al punto. En seguida para probarle y purificarle más, le dijo que era necesario que los declarase públicamente ante los religiosos. Pero el penitente habia concebido un dolor tan grande de sus pecados, que le respondió que, si se lo mandaba, no sólo haria confesión publica ante los religiosos, sino hasta en la plaza pública de Alejandría.

La intención del abad, como despues manifestó á san Juan Clímaco, era en primer lugar, librar á este pecador de la vergüenza eterna, en vista de la que tendria acusándose públicamente ante los religiosos, y en segundo lugar, que este acto sirviese de ejemplo á su comunidad. « Así pues, dice san Juan Clímaco, este santo pastor reunió un domingo á todos los religiosos en la iglesia, y cuando en la celebración de los divinos oficios se hubo terminado la lectura del santo Evangelio, hizo venir á este criminal, conducido por dos religiosos, uno de los cuales le traía atado con una cuerda, mientras que el otro le golpeaba dulcemente. Venia vestido con un saco de piel, con la cabeza cubierta de ceniza, y las manos atadas atrás.

« Este espectáculo sorprendió á todos los asistentes que, no estando prevenidos é ignorando lo que era, prorumpieron en gritos y gemidos. Cuando lo llevaron á la puerta de la iglesia, exclamó el superior: « Deteneos, no sois digno de entrar aquí. » Estas palabras, salidas de la boca de un pastor tan venerable y pronunciadas desde el lugar santo, le aterrorizaron de tal manera, que le pareció haber oído el estampido de un trueno más bién que la voz de un hombre, como él mismo decia despues. En seguida se postró en tierra, y regó el pavimento con sus lágrimas. »

« Entónces el superior que, cual médico caritativo, no

procuraba otra cosa que la salud espiritual de este penitente, y ofrecer á los demás un modelo de verdadera y sincera humildad, le ordenó que confesase públicamente todas las faltas que habia cometido, lo que hizo con demostraciones de grande dolor, y horrorizando á los que le oían con los detalles de una vida tan criminal.

« Despues de una confesión tan humillante le admitió el abad en el número de los religiosos, ordenando que se le cortase el cabello, y que se le vistiese el hábito monástico. Además de la prueba de sincera conversión que acababa de dar este penitente, Dios la reveló á uno de los religiosos, el cual aseguró á san Juan Clímaco que habia visto á un hombre de un aspecto terrible, que tenia en una de sus manos un papel escrito, y en la otra una pluma, con la cual borraba los pecados escritos en el papel, á medida que este humilde penitente los iba confesando. »

El segundo ejemplo citado por san Juan Clímaco se refiere á un magistrado de Antioquia, llamado Isidoro. Dios le concedió la gracia de que renunciase al mundo, y de que se presentase al superior pidiéndole abrazar la vida solitaria. Este santo pastor quiso probarle previamente, someténdole á varios actos de humillación, que sirvieron para consumir su virtud. Dijole pues: « Si estais firmemente resuelto á llevar el yugo de Jesucristo, es necesario que ante todo os ejerciteis en actos de obediencia. » A lo cual respondió Isidoro: « Santísimo Padre, me someto enteramente á vos para que hagais conmigo lo que el artífice hace con el hierro. — Si así es, replicó el superior, os ordeno que permanezcáis en la puerta del monasterio, puesto de rodillas, y diciendo á los que entran y salen. « Os ruego, « Padre mio, que oreis por mí, porque mi alma está enferma ». — Isidoro obedeció esta orden con la misma fidelidad con que un ángel obedece las de Dios, y pasó siete años en este humillante ejercicio. En el primer año tuvo

que sufrir mucho: pues habiéndole preguntado san Juan Climaco cuales eran las disposiciones de su ánimo durante este tiempo, le respondió que, en el primer año se representaba haber sido vendido y hecho esclavo por sus pecados. Esto le causaba una extraordinaria amargura de corazón, y le costó tanta violencia, que, al postrarse á los pies de los religiosos para cumplir su penitencia, arrojó muchas veces sangre. « Pero pasado, añadía, este primer año, lo hacia sin sentir la menor tristeza ni trabajo, confiado en que Dios recompensaría mi paciencia. Pasado el segundo año, me consideraba aún indigno de habitar en el monasterio, de gozar de la vista y trato de los religiosos, y de participar de los divinos misterios. Así es que, que teniendo siempre mis ojos inclinados á la tierra, y más humillado aún mi espíritu, pedia á los que entraban y salían que orasen por mí. »

Habiendo perseverado este humilde penitente durante siete años en este laborioso ejercicio de paciencia, y comprendiendo el superior que habia llegado á una profunda humildad y á una vivísima compunción, le consideró digno de ser admitido en el número de los religiosos, y de recibir las órdenes sagradas. « Pero rogó con mucha insistencia al abad, dice san Juan Climaco, que le permitiese concluir su vida en aquel lugar y en el mismo ejercicio, dando á entender que sabia estar muy próximo el término de su vida, y que Dios le llamaba á su seno. »

Permitiéndole, en efecto, el abad que permaneciese en aquel estado, para corresponder á los designios de Dios, que le habia dado una vocación especial á la humillación y á la paciencia, y al cabo de siete dias concluyó este fervoroso penitente su vida con una dichosa muerte. Su larga permanencia en la puerta del monasterio le habia hecho contraer una estrecha y caritativa amistad con el portero, al cual dijo poco tiempo ántes, que habia pedido al Señor, que no

tardasen en unirse en el cielo para no separarse jamás. El plazo no fué, efectivamente, muy largo, pues á los siete dias murió este bienaventurado portero, queriendo Dios de esta manera, dice san Juan Climaco, dar un testimonio de lo mucho que le habian complacido la obediencia y la humildad de Isidoro, que le habian constituido en fiel imitador de su santísimo Hijo ».

El mismo Santo nos dá á conocer la profunda humildad de un venerable anciano de este monasterio, llamado Lorenzo. « Estándo sentados á la mesa, me dijo el abad al oído que queria que conociese una sabiduría enteramente celestial en una extrema vejez, y llamó á un buen padre, llamado Lorenzo, que se hallaba en la segunda mesa. Acudió al punto, poniéndose de rodillas ante el superior para recibir su bendición: despues se levantó y permaneció inmóvil ante la mesa, sin que nadie le dijese una palabra. En esta actitud permaneció durante la comida, lo cual me causó tanta confusión, que no me atrevia á mirarle. Terminada la comida, le mandó el abad que fuese en busca de Isidoro, de que ya hemos hablado, y le dijese estas palabras del Salmo XXXIX: *Aguardando aguardé al Señor, y me atendió, y oyó mis ruegos, y sacóme de un lago de miseria y de un lodo cenagoso*¹.

Este religioso tan perfecto tenia ochenta años, de los cuales habia pasado cuarenta y ocho en este monasterio, siendo segundo sacerdote de su iglesia. San Juan Climaco le preguntó á solas en que pensaba cuando estaba de pié junto á la mesa del refectorio, y el santo varón le respondió, que miraba á su superior como una imágen de Jesucristo: que no consideraba sus mandatos como dados por un hombre, sino cual si procediesen del mismo Dios: que entónces no le parecia hallarse ante la mesa de unos

¹ Ps. xxx, 2-3.

hombres, sino ante el altar en que ofrecia sus oraciones : que la confianza y el amor que profesaba á su abad le habian impedido concebir ningún pensamiento contra su mandato, y por último, que tenia muy experimentado que, á medida que se camina con mayor sencillez é inocencia, ménos trabaja el demonio por entrar en el alma.

El ecónomo ó mayordomo de este monasterio edificó extraordinariamente á san Juan Clímaco con su paciencia y humildad. Era un religioso de una sabiduría poco común y de una dulzura no ménos rara. Habia entrado muy jóven en el monasterio, en donde se le encomendó el cuidado de las bestias. En este tiempo cayó en una falta muy pernicioso para su alma, como decia despues á san Juan Clímaco ; pero como tenia costumbre de manifestar humildemente á su superior todas las que cometia, no dejó de comunicarle ésta, y conociendo el superior el grande dolor que de ella habia concebido, le consoló, exhortándole á que convirtiese el gran temor que habia concebido en una ilimitada confianza en la bondad de Dios. En efecto, habiendo escuchado con ardiente fé estas palabras de boca de su superior, recibió á los pocos dias la seguridad de estar curada su alma, lo que le hizo avanzar rápida y gozosamente en el camino de la perfección.

Queriendo el abad que el ejemplo de su humildad aprovechase á los demás, le trató un dia con mucha severidad, sin que hubiese motivo alguno para ello, y ordenó que se le arrojase de la iglesia. San Juan Clímaco que se hallaba presente, llamó aparte al abad, y le manifestó que este religioso se hallaba inocente de la falta que se le imputaba ; pero este admirable superior le respondió que sabia muy bién que no habia faltado ; sin embargo, así como sería una dureza censurable que un padre quitase de la boca de un hijo hambriento el pedazo de pan con que habia de hartarse, de la misma manera sería reprehensible la conducta

del superior que no procurase á un buén religioso nuevas coronas por medio de la humillación, siempre que pudiese soportarlas. Pues por una parte, se priva el superior de la recompensa que merece una reprensión caritativa y prudente, y priva, por otra, á los religiosos del fruto que les dá el que recibe la reprensión. Y lo que es de más fatales consecuencias y ocurre muy frecuentemente, es que aquellos que parecen más pacientes en los trabajos, pero que no están ejercitados mucho tiempo, ni reprendidos ni humillados por el superior, que los mira como muy virtuosos, pierden poco á poco su dulzura y su paciencia.

« Cuando yo estuve en esta santa casa, continua san Juan Clímaco, no podia ménos de admirar la fe, la paciencia y la virtud invencible con que sufrían los jóvenes las reprensiones, y el ser separados del trato de los religiosos y aún de otras personas inferiores á ellos. Habia uno, llamado Abbaciro, que hacía quince años que estaba en el monasterio, y durante todo este tiempo habia sufrido, por orden del abad, malos tratamientos de los demás. Los que servían al refectorio le echaban algunas veces de la mesa, porque era naturalmente poco circunspecto en sus conversaciones, y con frecuencia se le dejaba sin comer ; pero recibia estos malos tratamientos con tanta paciencia, que, habiéndole preguntado san Juan Clímaco la causa de que le tratasen de esta manera, respondió que, cuando entró en el monasterio, se le advirtió que los que renunciaban al siglo eran experimentados durante treinta años : que lo que se le hacía sufrir no procedía de un espíritu de rudeza, sino de una verdadera caridad, por la cual se le obligaba á cumplir fielmente los deberes de la vida religiosa, y por último, que era muy razonable y justo que se probase á los religiosos ; pues que el oro no adquiere su perfección, sino cuando ha sido probado por el fuego.

« Este bienaventurado Abbaciro, añade san Juan

Clímaco, vivió dos años más despues que yo estuve en el monasterio, y estando próximo á entregar su alma á Dios, dijo estas palabras á los religiosos: « Doy gracias á Dios y á « vosotros por haberme probado de una manera tan dura; « pues hace siete años que me veo libre de pruebas y tentaciones por parte del demonio. » — Esto movió al superior á enterrarle, en premio de sus virtudes, como un confesor al lado de los Padres muertos en olor de santidad, y cuyos cuerpos descansan en este monasterio.

« Ofenderia yo, [dice también san Juan Clímaco, á los amantes y celosos de las virtudes heróicas, si pasase en silencio los santos ejercicios y combates memorables de Macedonio, que era el primero de los diáconos de su monasterio.

« Habiendo suplicado al abad, dos dias ántes de la fiesta de la Teofanía (Epifanía), que le permitiese ir á Alejandría para evacuar algunos asuntos particulares, prometiendo volver protamente con objeto de disponer todo lo necesario para la fiesta, el demonio, enemigo de las virtudes de los Santos, puso tantos obstáculos á su regreso, que no pudo Macedonio llegar hasta la misma mañana de la fiesta.

« El abad le suspendió de su cargo de diácono, y le puso entre los novicios, á cuya penitencia se sometió Macedonio con una dulzura y una paciencia edificantes. Así pasó algunos dias, hasta que el abad lo restituyó á su cargo; pero á la mañana siguiente vino á suplicarle este humilde religioso que le permitiese entrar de nuevo en su penitencia alegando por razón el haber cometido una falta grave en Alejandría (se referia á su tardanza), lo cual le concedió el abad. De esta manera, se veia en el número de los novicios á un religioso respetable por su ancianidad y por su orden, que pedia sinceramente á todos sus hermanos que orasen al Señor para que le perdonase su desobediencia. »

San Juan Clímaco, atento siempre á aprovecharse de los

ejemplos de virtud que observaba en este santo monasterio, quiso saber de este santo religioso lo que le habia movido á entrar con tanto ardor en este género de humillacion, y éste le respondió que nunca se habia visto méos atacado de las turbaciones que causa la tentación, ni más sensiblemente favorecido con las dulzuras de la luz divina.

El mismo Santo habla de otro anciano de esto monasterio, que dió pruebas de su santidad despues de su muerte. « Dios le llamó á sí, dice, siete dias ántes de que yo partiese de aquella santa casa; pero tres dias despues de su muerte, cuando celebráramos sus funerales, y hacíamos las oraciones acostumbradas, se impregnó el lugar en que estaba su cuerpo de un olor tan dulce y agradable, que ordenó el abad que se abriese su sepultura, y entónces pudimos apreciar que de las plantas de sus venerables pies salian dos fuentes de un aceite de exquisito perfume, ante cuyo espectáculo dijo el abad: « Ved como sus trabajos y « sus pasos han sido como un perfume precioso que afreció « al Señor, y que éste acepta favorablemente. »

Este excelente religioso se llamaba Meno: habia pasado cincuenta y nueve años en el monasterio, y ejercido todos los oficios de la casa. Refirieron los religiosos á san Juan Clímaco muchas acciones edificantes practicadas por él. Un dia que habia estado fuera del monasterio, llegó á la celda del abad, y se postró en tierra para pedirle su bendición, segun era costumbre. El superior le dejó en aquella posición hasta la hora del oficio, permitiéndole entónces que se levantase, y reprendiéndole por ser amigo de la ostentación y de la vanidad, y por haber sido causa de impaciencia. Este digno superior hacia esto, no porque hubiese verdadera falta, sino para que el religioso tuviese ocasión de merecer ante Dios, y para edificación de los demás religiosos. Por lo demás, este excelente religioso estuvo tan léjos de faltar á la paciencia en esta ocasión,

que, habiéndole preguntado otro, si se habia quedado dormido mientras estaba de rodillas, le confesó que habia estado rezando el salterio.

LA PRISION, O EL MONASTERIO DE LOS PENITENTES

El abad del monasterio de que venimos hablando, atendia por todos los medios que le inspiraba la Providencia, á la santificación de sus religiosos. Las prácticas comunes de la vida cenobítica eran para los que, á su vista, se ejercitaban en la renuncia de sí mismos y en las virtudes religiosas. Los que habian combatido fielmente sus pasiones por medio de la obediencia, de la paciencia, de la humillación y de la mortificación, y se hallaban elevados con los auxilios de la gracia al estado de contemplación, tenian la laura, á donde les permitia ir, para que en el reposo de una soledad absoluta pudiesen gozar de las dulzuras de la divina gracia, y para combatir contra el demonio como valerosos atletas.

Pero como el hombre lleva á todas partes su fragilidad, y puede descender fácilmente del más eminente grado de virtud, y caer en graves faltas, quiso atender á la salvación de los que tuvieran la desgracia de violar la santidad de su profesion, para lo cual estableció el monasterio de la prision ó de los penitentes, en donde podian expiar sus crímenes por medio de las lágrimas y de la penitencia.

El Señor bendijo el celo de este excelente pastor, derramando abundantes gracias sobre este monasterio. En él

se veian prodigios de penitencia, y la compunción de los que la practicaban era tan viva y ardiente, que la relación que hace san Juan Clímaco como testigo ocular, pues que estuvo un mes en esta santa casa, es digna de admiración, y ha edificado á toda la Iglesia.

Preciso es mirar las disposiciones de estos venturosos penitentes como modelos dignos de imitación, cuando se quiere estar seguros de haber obtenido la reconciliación con Dios, despues de haber tenido la desgracia de ofenderle. Y no se pongan en duda estas severas mortificaciones, considerándolas como excesivas y fuera de la via ordinaria : Dios que inspiró á san Simeón Estilita el que subiese á una columna, y que lo puso por espectáculo á los ojos de los ángeles y de los hombres como un prodigio de la gracia, nos ha dado á estos como modelos de contrición, para confundir con sus santos excesos nuestra relajación y descuido en expiar nuestras faltas. Ha querido que los sagrados gemidos de estos ilustres penitentes fuesen como una voz atronadora, que penetrase en nuestros corazones, para que despertasen del letargo de la culpa : y si á nosotros no se nos exigen los mismos trabajos para la expiación de nuestras faltas, los de tantos religiosos, que tan amargamente lloraron las suyas, deben, á lo ménos, servirnos para excitar en nuestras almas sentimientos de verdadera penitencia y compunción, y de humillación por ser tan débiles los que concebimos.

No eran muchas veces grandes los crímenes por los que se entregaban á tan rigurosa penitencia estos fervorosos religiosos. Muchos de ellos la abrazaban como un purgatorio, en que expiaban faltas ligerísimas : otros la practicaban por el deseo ardiente de inmolar sus cuerpos á Dios por medio de rudas maceraciones, mientras que le sacrificaban sus corazones con los ardores de su santo amor, y otros, por último, eran condenados á ella, no ya por fal-